

# TEMAS PROFESIONALES



## NELSON, UN ENEMIGO. «NELSON TOUCH»: SU EMPUJE

CAPITÁN MARVAL



ICE cierto refrán: «Del enemigo, el consejo». También pudiéramos añadir: «y ciertos ejemplos». Razonemos:

Nelson —nuestro enemigo, repito— sentó escuela, basando los principios de ella en la pericia y en la combatividad, en la acometividad, podemos redondear. ¿Dónde está el enemigo? ¡A por él! (1). La escuela tuvo radiación no sólo en la Marina inglesa sino en el Ejército británico, y pasó a otras marinas extranjeras. Almirantes, generales y jefes de fuerza en general empezaron a preguntarse *in mente*, en las diferentes situaciones difíciles: ¿qué haría Nelson en este caso? El empuje de Nelson se extendió así: el «Nelson touch», el toque, «llamada», impulso al fin de Nelson a sus capitanes.

---

(1) En cierta ocasión, Nelson vio que a los guardias marinas del buque de su insignia, un teniente de navío les enseñaba el cuarteo de la rosa. Se acercó y dijo: «Todo esto es muy importante, sí, pero mucho más importante *es ir a por ellos*. Ésta fue su regla de conducta, eso sí, con extraordinaria pericia y sabiendo cómo era el enemigo y cómo iba formado. Solía decir: «Si muero y abren mi corazón, encontrarán grabado en él una palabra, *fragata*». Las empleaba a la perfección, explorando.

El teniente de navío Baudry, de la Marina francesa, después de estudiar a Nelson en su magnífico trabajo *La Batalla Naval* (2) se expresa: «La Marina de Guerra existe para el combate, puede ser que mañana mismo». Así de sencillo: las soluciones de crisis internacionales actuales, que tanto se agrupan en la no muy exacta denominación de paz, se basan precisamente en la fuerza y en la facultad de combatir si el caso lo exige. Sigue en pie el *si vis pacem de los romanos*, sin duda alguna, *para bellum*.

Pero no seamos integristas, la guerra está llena de «segunes». En el «ir a por el enemigo» está afectado por el «según». Otro británico muy modélico también, Wellington, «Duque de Hierro», eludió a veces la explotación del éxito, para no ir a enfrentarse con fuerzas enemigas muy poderosas, y se retrajo a sus líneas fortificadas, «de partida». Y esta consideración puede hacerse extensiva al mar o al aire: «según». Arte para la acción (hace muchos años, durante la segunda guerra mundial, escribí en esta REVISTA un artículo con este título, esto es: *Arte para la acción*, si no, basta saber (siendo ello necesario), hay que «saber hacer», dicen los moros; y si lo queremos en francés: *savoir faire*, o «mano izquierda» y la derecha y todo. Pero a pesar de ser verdad todo lo que precede la combatividad es a modo de un perfume que se expande y ha de impregnar el sentir y el hacer del jefe militar (siempre tierra, mar y aire, y estratosfera ahora). Y aun estando muy al día, no olvidar lo que nos enseñó el pasado.

Nelson se caracteriza por la confianza que pone en «sus capitanes», en los comandantes de los buques a su mando. No les comunica el detalle de la acción en sus tramos que han de suceder. Se basa en la pericia de sus jefes subordinados, en su valor y en que han de batirse según el honor de las armas. Antes, sí, recibieron ese efluvio misterioso que se llamó «Nelson touch». Un caso claro de esto es Abouquir.

Uno de los aspectos más peligrosos de que hay que hablar es de las desobediencias de Nelson. Desobediencias del Genio, si cabe. Felices desobediencias les llama sir Jervis, su almirante en jefe, cuando le hacen notar en la que incurre en el combate de San Vicente cuando se la presentan. Desobediencias que dan al jefe la victoria. Después de la de Nelson, en San Vicente, sir Jervis pasó a ser lord y conde (3). Conocido también es el caso de Copenhague, cuando aparenta no haber visto la señal, no repitiéndola para su obediencia y realización de la maniobra.

Otro caso distinto es cuando no fue a Menorca como se le había ordenado. Bien es verdad que no faltó al combate subsiguiente cuando éste se produjo.

---

(2) *La Batalla Naval* fue publicada (en rotaprint) por la Escuela de Artillería de Marín. Un ejemplar de esta magnífica obra está en la Biblioteca del Museo Naval de Madrid. Resalta Baudry la comparación que puede hacerse entre Villeneuve y Nelson. Es notable la combatividad del autor.

(3) Cuando se le ordenaba «seguir aguas», seguir en la línea, viró con los buques del grupo que mandaba y de este modo pudo batir a los buques enemigos, que de otro modo se hubiesen escapado.

Las otras desobediencias, las que pudiéramos considerar en el orden táctico, no son realmente tales, pues responden al principio de obediencia debida (le llaman así en los tratados de moral militar: obediencia a causas superiores ante las cuales debe ceder la orden que se recibe) (4).

Ello es cosa peligrosa, pues el militar ha de estar dispuesto a obedecer las órdenes de sus jefes inmediatos. En ello se basa el éxito de los combates; los casos «de obediencia debida» forman lo anómalo. Recomendamos, claro está, la obediencia: espontánea pero inteligente, lo decían antiguas sabias ordenanzas. Y existe el genio (Nelson lo era) y el héroe que se juega el todo por el todo balanceando la laureada o el fusilamiento. Insistamos: ¡obedeced!



La circunstancia. Golpe de vista para apreciarla. Nelson tenía gran poder de percepción: en Trafalgar pudo aprovechar los defectos de la formación enemiga. Atacó, en dos columnas, dejándose momentáneamente formar.

La T, la concentración de fuegos del enemigo, para pasar él a su vez a formársela a éste y envolver los grupos del contrario atacándole por las dos bandas, dejando hacer a sus capitanes por él bien aleccionados y mentalizados (5).

---

(4) Cuando el 23 F, muchos medios de comunicación llamaron indebidamente obediencia debida a la obediencia normal que debe un subordinado a su jefe, a quien sea tenido por tal según la ordenanza. Insistimos: la obediencia es de la mayor importancia: ¡subordinación, disciplina!

La obediencia forma parte de la ortodoxia militar, pero no podemos por menos de expresar lo que el mariscal Wavel, británico, decía: «Un poco de heterodoxia es *cosa peligrosa*, pero sin ella raramente se ganan las batallas». Pero así y todo, ¡ortodoxia! No todos somos mariscales. Cuanto más se es, cuanto más experiencia se tiene, se disciernen mejor las cosas.

Nelson, Wavel, sólo como inspiración. Fundamentales son la obediencia y la ortodoxia. ¡Cuidado y arte! y pedir siempre ayuda a Dios.

(5) Nuestro inteligente don Antonio de Escaño lo explica muy claramente. Dice que hubiese sido una maniobra disparatada, la de Nelson, si la hubiese hecho contra una línea situada a sotafuego, de buques bien formados, con intervalos normales, lo que hubiese permitido una buena concentración de sus fuegos, pero vio que la formación franco-española era muy larga y con grandes huecos.



Nelson, nuestro enemigo, era un hombre de un valor extraordinario (6), nunca se reservó ante los peligros, ocupando siempre los puestos de mayor riesgo, después de dar sus órdenes como almirante: en San Vicente, una vez consumada su «obediencia debida», su desobediencia aparente, salta él, personalmente, al abordaje de dos buques enemigos, el *San Nicolás* y el *San José*, que muy alteroso y bien armado se le vino encima cuando estaba ya en el primero. En Cádiz (1797), cuando bombardea esta plaza y en su puerto la escuadra de Mazarredo, Nelson, en los botes armados de su escuadra, se bate al abordaje con las embarcaciones de fuerza sutil españolas de mayor altura

de borda que sus botes, y él lucha valerosamente, espada en mano. Y en Tenerife pierde su brazo derecho por un disparo de nuestro cañón, el *Tigre*, cuando, en el muelle ya su bote, echa mano a la espada para ponerse al frente de la fuerza desembarcada, «a la brava», después de fracasada la tentativa de Valle Seco. Hemos contemplado con legítimo orgullo las banderas que en Santa Cruz de Tenerife se tomaron a los marineros y soldados que mandaba Nelson (7). Mucho antes de todo esto, en Calvi (Córcega, 1794), siendo capitán de navío, comandante del *Agamenón*, había perdido la vista de su ojo derecho, cuando personalmente dirigía, en tierra, las baterías de cañones emplazadas contra la plaza: una bala de cañón chocando en tierra le arrojó arena sobre el ojo, después, rebotando, pasó muy cerca de su cabeza. Y en Abouquir (1798) fue herido en ella, no perjudicando a su mente tan clara y generosa para el bien de Inglaterra (8).

Nelson era algo fantasioso en lo que a prefeas se refiere: entre sus condecoraciones llevaba mucho un medallón con el retrato de lady Hamilton, su amada; y en el lugar de la escarapela, en el sombrero, una valiosa joya en forma de ramillete o «plumet» (plumero), regalada por el soldán de Egipto.

(6) Cuéntase que siendo niño Horacio Nelson y habiéndose perdido en el bosque y encontrado, su abuela le preguntó si había sentido miedo: «Miedo, abuela —dijo—, yo no lo he visto nunca».

(7) De Tenerife hemos de recordar el caballeresco trato que Nelson tuvo con su vencedor, el general Gutiérrez, una vez que capitularon los ingleses, con cambio de obsequios.

Hemos visto las banderas que se le tomaron y el cañón *Tigre* que le mutiló.

(8) «Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber», fue su corta arenga antes de la batalla de Trafalgar. ¡Siempre Inglaterra! La dama de sus amores.

Veleidades del héroe. Téngase en cuenta también que entonces no se era muy estricto en la uniformidad. Y al héroe, al genio, se le permitía todo. También sus relaciones con lady Hamilton, en Nápoles, casada con el embajador de Inglaterra. Todo se lo disculpaba la puritana Inglaterra.

Los hombres somos un complejo de virtudes, de cualidades y de defectos; lo que vale es «la resultante»; quedémosnos en inspirarnos en ellas con las cualidades de Nelson, nuestro enemigo en vida. Más nos vale lo positivo que lo negativo. Hagamos énfasis sobre lo primero.

Sería nefasto y punible —así nos lo presentan las sabias ordenanzas— alabar a un enemigo estando en guerra con la nación a que pertenece, o en trance de estarlo. Hoy parece que está alejada esta circunstancia de guerra con Inglaterra, y ello me permite hablar de Nelson como lo hago en las líneas que preceden: sirvan de ejemplo las altas virtudes militares de Nelson, que fue nuestro enemigo.

Además, en otro aspecto, diferente pero complementario, y no por ello menos importante, podemos recordar lo dicho por Liniers, cuando defendió victoriosamente a Buenos Aires, y contra los ingleses precisamente: «Después del combate, el enemigo es nuestro hermano».

Y otrosí: en nuestro Panteón de Marinos Ilustres existe una lápida, con poético y cristiano texto, inspirado su primera parte en otros más antiguos. En su idea final se pide a Dios (también) «Por los enemigos que murieron luchando contra nosotros con nobleza y con honor».

Todo ello, partiendo de los hechos, me impulsó a escribir sobre Nelson, ensalzando las eminentes cualidades que le dieron fama en todas las marinas del mundo.

*Laus deo.*

